**“Un infierno tan próximo”**

La Cañada Real Galiana.

 Asentamiento de pordioseros, chatarreros, yonkis y traficantes. Situada en las afueras de Madrid, cerca de Vallecas. Cincuenta kilómetros de miseria, pobreza, marginación, sin duda la sucursal del infierno en la tierra. Entre casuchas, chozas, estiércol, basura, chatarra y polvo seco convertido en asqueroso barro al llover, convivían desheredados de la fortuna, gentes que no conocieron nunca la sociedad del bienestar. Con trabajo, si lo tenían, sin contratos ¿qué es eso?, con miseria, fregando casas las mujeres, sus hombres buscando chatarra en los contenedores de Sol a Sol. Los niños jugaban con ratas de mascotas. Vertedero de almas irredentas, personas sin esperanzas que solo quieren sobrevivir en aquella mierda de vida.

 También allí estaban los otros, los caídos en su destrucción, los que se revolcaban en la miseria persiguiendo su dosis de veneno diario, sin más futuro que el tiempo entre pico y pico, sin más anhelo que conseguir un dinero que les permitiera seguir muriendo en vida, hasta alcanzar la muerte que les ronda cada día, buscando a quién le toca ese día llevarse con ella.

 Allí mismo me encuentro, dentro de lo malo, en el peor lugar, el Sector 6, de los peligrosos el más, de los miserables la morada soñada. Me llamo Maura Cid, soy doctora en una ONG. Hemos instalado una caravana de atención primaria. Expendemos metadona y somos dispensario médico de atención primaria cuando algún ser de los que por aquí malviven no puede aguantar más sus miserias y nos visita. El servicio es de 24 horas, con la orden expresa de dirección de que por la noche estén presentes como mínimo dos personas. De día estamos, Manuela, sanitaria y Dulce, auxiliar de enfermería. Llevamos con el proyecto escasos dos meses, compartimos experiencias y soledad con otras ONG que se encuentran distribuidas por otros sectores. El nuestro, por su especial peligrosidad, es el que más dejado de la mano de Dios estaba. Nuestra dirección en un acto de valentía y arrojo ha querido situarnos aquí. Pero claro a nosotras, ellos siguen muy ajetreados, con gran carga de trabajo en sus oficinas centrales. Entre nosotras comentamos que su valentía nos toca los nísperos, pero bueno, ya estuve en Somalia y esto no llega a tanto… de momento. La Policía Municipal y la Nacional hacen patrullas a menudo, pero nunca, nos comentan, se producirá un incidente cuando saben que ellos están a punto de pasar, la chusma tiene un sistema de aguadores que controla sus movimientos.

 Los traficantes no son peligro para nosotros, no quieren problemas, pero la gentuza que se mueve a su alrededor sí que es muy a tener en cuenta. Muchas veces el desespero del mono les lleva a hacer cualquier barbaridad para hacerse con un pico y la mierda que les dan a esos miserables, la escoria de la escoria que no sale nunca del Sector, esclavos por una micra al día, seis euros que mal vale, van muriendo poco a poco sin conocer la esperanza. Me acuerdo muy bien del primer día cuando llegamos. Los espectros, esos que por allí vagaban se fueron escondiendo. Al rato estaba desierta la ¿calle?, enfangada, había llovido, llena de mezcla de barro, mierda de perro, cagadas de humanos, jeringas y ratas, muchas ratas que campaban a sus anchas.

 Nos establecimos al lado de un colmado, de la que una anciana salió solicita a presentarse, se llamaba Casta, vivía desde siempre en La Cañada. Vendía agua mineral para los picos y mucho papel “Albal” para lo mismo. También cosas de primera necesidad para las personas muy pobres, sin contacto con las drogas, que intentaban sobrevivir en aquel basurero. Nos dedicamos después de las presentaciones a anclar la caravana. Por la radio podíamos comunicarnos con nuestro centro de operaciones, con las fuerzas de seguridad, así como con el SAMUR, cerca tenía unidades móviles la Cruz Roja.

 Ajetreadas con el montaje una chica entró, debía ser joven pero demasiado vieja de aspecto. Dientes de menos y en el brazo una herida que cubría con un paño muy sucio. Llegó apresurada, mirando hacia atrás, temerosa. Nos dijo si podíamos curarle la herida, nos asombró su tono balbuceante pero con una dicción correcta. Tenía veintitrés años, ¡veintitrés años!, se llamaba Paula, hacía tres años que no salía de allí. Gesticular no era nuestro estilo, pero ver a aquella chica, su aspecto de cadáver viviente y sus pocos años revolvía las tripas. A mí me extrañó que alguien viniera tan apresurada. Pero la causa acababa de entrar en la caravana, una tía agitanada, piel morena más por suciedad que por raza, entró con un pincho acerado, chillando, ─ ¡esa puta trabajaba para mí, se viene conmigo!─. Tenía varios clientes esperando para que les hiciera una mamada, no iba a perder dinero mientras la curaban. La tía era una “macarra”. Paula hizo ademan de levantarse, de un empellón la dejé sentada. Me planté frente a la gitana. No imponía tanto como un quinceañero somalí hasta el culo de coca apuntándote con un kaláshnikov, pero el pincho de la tipa tenía mierda y herrumbre para infectar a una tropa. Manuela me flanqueó con valentía. La gitana me miraba con rabia, yo la aguantaba, hizo ademan de pincharme, con una bandeja de esterilizar, ya le tenía echado el ojo, le di bandejazo en el brazo, soltó dolorida el pincho y de una patada lo tiré en medio del barrizal. Éramos dos y su valentía estaba en cuarentena. Me miró rabiando con ojos de odio que acojonaban y haciéndome un gesto jodido en su garganta, cortándose el gaznate, dirigido a la mía se fue. Me la juró la muy puta. Me volví hacia Paula.

 ─Paula, ¿quieres que te curemos y luego te saquemos de aquí?

 La joven dudo unos instantes, pero asintió con la cabeza.

 La herida en el brazo era fea, no tenía sitio para pincharse, hizo con su último pico una carnicería. Una vez curada las heridas, llamamos al SAMUR y se la llevarían al Hospital de la Cruz Roja. Paula, antes de subir a la ambulancia me abrazó, casi sin palabras, emocionada me dijo, ─nadie antes había hecho tanto por mí. Te juro que voy a intentar dejar esta mierda, ya no puedo caer más bajo. Gracias─. Se fue llorando, quizás de alegría, quizás de pena, no sé. Manuela y yo nos miramos con los ojos enrojecidos, para ser nuestro primer día no había estado nada mal.

 El día iba a ser largo, aun no tenía doctora para compartir mi jornada y hoy tocaba doblar. Una vez todo dispuesto, por lo menos lo esencial para cualquier urgencia, ya media tarde pasada y aprovechando que llegaba fresca la sustituta de Manuela, me tumbé a sestear en los compartimientos que alguna intimidad nos daban.

 Quería desconectar y me vino a la mente mis comienzos en esto, en compañía de Laura, mi novia desde la universidad. Estábamos comprometidas con las causas sociales y antes de acabar nuestras carreras ya colaborábamos como voluntarias en mi ONG de siempre. Vivíamos juntas desde muy jóvenes y nos partíamos el pecho para salvar al mundo. Cuando terminamos la carrera, yo más tarde, Medicina es muy larga, ella era economista, nos casamos. No concebíamos la vida la una sin la otra. Todo iba de maravilla, pero yo comencé a salir en misiones de campo, los médicos somos muy valiosos porque el mundo se empeña en darnos trabajo sin parar. Empecé a pasar largas temporadas en puntos calientes, Haití, Somalia, Ruanda, Líbano, donde me mandaban. Estas ausencias empezaron a influir en nuestra relación, además, yo ganaba más dinero y Laura no salía de Madrid con un sueldo menor. Durante una misión, me enteré que a través de una conocida de su madre entró a trabajar en una gran empresa con gran sueldo, su expediente académico y su buen cártel como profesional en la ONG… y la influencia de su madre facilitó el cambio.

 Cuando volví a Madrid, solo le recriminé que no lo consultara conmigo, para algo éramos pareja…

 Me enteré en mi siguiente misión que quería divorciarse, como siempre en la distancia, sin posibilidad de mirarnos a los ojos y hablar. No me dio opción, se ve que lo tenía muy claro. Luego me enteré que ya estaba saliendo con la dueña de su empresa, atractiva y madura mujer con la que al poco convivió. Cambió a los necesitados por la solidaridad con ella misma. Parece que estaba necesitada de nueva pareja, experimentada, y si venía acompañada de inmejorable posición en la sociedad del dinero, pues mejor.

 Yo aun la quería pero en nuestro trabajo hay poco tiempo para lo personal y mucho curro, cansancio acumulado después de largas jornadas, dramas que convierten nuestros problemas en nimiedades y por eso, el luto me pasó pronto. Me vi pasados los treinta, soltera de nuevo y teniendo muy claro que mi trabajo suponía renunciar a una vida como los demás, por eso, desde entonces no pasé de tener relaciones fugaces, cuyo objetivo era sosegar las ganas de sexo. Lances con compañeras. Gente interesante, joven y en mi misma tesitura no faltaban. Así sigo, ya más selectiva, ya rebasando los cuarenta tacos.

 Ahora, mi trabajo en La Cañada era un premio a mi larga trayectoria profesional, bueno, en mi organización a cualquier cosa le llaman premio. Pero estar en Madrid me permitía compartir más tiempo con mi madre ya que mi padre nos dejó con gran enojo por mi parte, murió, cuando estaba en el culo del mundo y no pude estar ni compartir el dolor de mi madre. Una vez agoté los recuerdos que la duermevela trajo, me dormí, estaba cansada, el ajetreo de los preparativos de una nueva misión es delirante, aunque estábamos tan cerca de Madrid.

 Después de cenar, vinieron a saludarnos la diacona y la pastora de las Parroquias que estaban asentada a lo largo de La Cañada. Mujeres curtidas, gente que se encuentra tan lejos de sus jerarquías eclesiásticas como los habitantes de este patio trasero del cielo. Nos sentamos de tertulia. Comentaron que ambas, amigas y cómplices en la solidaridad, tenían dispensarios médicos en sus Parroquias. Mucha gente con el tiempo asistían a cuidar de su salud, pero sobre todo la de sus hijos. No nos debía extrañar que eso se produjera poco a poco, la gente es muy desconfiada, piensa que la quieres convertir o aprovechar su miseria para tu lucimiento. Nos consultaron si pueden contar con nosotros para casos que requieran opinión, antes de agobiar a los SAMUR, que bastante trabajo tienen, sobre todo a partir de los jueves. Por supuesto, les brindamos nuestra total colaboración.

 Los días trascurrían sin nada de interés que contar, las gentes que la sociedad por su miseria, no por las drogas, había condenado a vivir en esa absoluta desesperación venían acompañados por sus hijos para que les diéramos algo de comer. Les dábamos lo que teníamos, sin cenar nos quedamos alguna vez cuando las provisiones se acababan. Ni para ir a la tienda de Casta, que siempre fiaba a las buenas gentes tenían, porque su esperanza de tener algún dinero era tan lejana que ni se atrevían para no quedar mal.

 Apareció una mujer, muy envejecida, con la ropa limpia pero tan deteriorada que parecían harapos, con su niña de la mano, tendría tres años, no más, se quejaba de dolores en todo el cuerpecito desde hace días. Tenía mucha fiebre, casi cuarenta, escalofríos desde hace más de una semana. La mujer no la trajo antes porque no pudo. Nos centramos en buscar las causas de los síntomas que se veían reflejados en la tristeza mortecina de la pequeña. Llevaba una venda sanguinolenta, sucia, en un bracito que al destapar mostró una herida muy pequeña pero con una ulcera abierta a su alrededor, vimos que el cuerpo lo tenía cubierto de erupciones y algunas pústulas. Miré a Manuela, se trataba de una mordedura de rata y por los síntomas estábamos ante fiebres espirilares, causadas por bacterias que se encuentran en la boca de las ratas. Mientras Manuela le curaba la herida, yo buscaba el antibiótico adecuado, como es natural teníamos preparado por las circunstancias del entorno donde las ratas eran rebaño. Pero el que hiciera por lo menos una semana de la mordedura me mosqueaba. La mortandad en estos casos se acerca al veinticinco por cien, cuando se coge al momento. Decidí llamar al SAMUR para que se la llevaran al Hospital, el caso me parecía tan grave que podía costarle la vida a la niña. La mujer estaba expectante ante tantos cuidados, por lo que una vez en camino la unidad médica, le expliqué de manera que lo pudiera entender lo que pasaba a su hija. La mujer lloraba, mientras decía desconsolada, ─pero si hay muchas ratas, en nuestra choza las tengo que tirar a palazos todos los días─, ─no te preocupes de nada y acompaña a tu hija al Hospital─, la tranquilicé.

 ─No puedo, mi hombre está recogiendo chatarra y en el “chozo” tengo otros tres hijos, el mayor de cinco años. No les puedo dejar tanto tiempo solos hasta que vuelva su papa. La niña chica tiene nueve meses.

 Me dejó a cuadros con esos comentarios, si no pasaban más cosas…Los niños no podían estar solos, rodeadas por ratas infectadas, me puse frenética, estábamos en la España desarrollada, y esto…Le dije a la madre que me encargaría de sus hijos, que ella fuera con su hija al Hospital.

 Le pregunté por donde paraba su casa, me dejó de piedra. A una hora de camino dirección Valencia, en La Bajada de Recarte. No dejé traslucir mi preocupación, era próxima la puesta del Sol, una hora larga a pie, por esos parajes y sola, era peligroso y los niños podían estar infectados, no podía perder tanto tiempo en llegar. Llamar a nuestra base retrasaría otra hora la llegada de un vehículo, lo mismo de las ambulancias, según comentaron las sanitarias que se llevaron a la niña, ahora mismo, no habían en La Cañada ambulancias disponibles, por lo que llamé a la Policía Nacional. En cinco minutos un operativo estaba recogiéndonos, conocían la dirección que había dado la madre, con lo necesario partimos a toda hostia. Pero, aquello no era una autopista, era viernes y el movimiento de gente abundante, costaba que los “muertos vivientes” se apartaran incluso con sirena y claxon sonando. La agente que conducía, sabedora del problema manejaba con mucha destreza. Cuando podíamos correr, los saltos ponían a prueba la suspensión del vehículo. Aquello era de vértigo. Nos costó veinte minutos llegar. Bajé corriendo acompañada por la agente, la otra policía se quedó de guardia en la puerta, hasta coches del cuerpo habían desvalijado.

 Al entrar en la cabaña, un fétido olor a miseria nos tiró para atrás, la visión era dantesca, los niños llorando, había tres o cuatro ratas correteando a sus anchas, el mayor estaba en un rincón con los ojos enrojecidos, le toqué la frente, ardía. En la humilde cunita del bebé, había una rata husmeando sus pañales. La agente sacó de golpe al bebé, llamó a su compañera, le pidió una manta, el bebé llevaba solo pañales y una sabanita. Lo primero que hice es pinchar a los tres niños con antibióticos, preparamos biberones y entre la agente y yo nos las ingeniamos para que se los tomaran con la colaboración del mayor, ¡mayor con cinco añitos! La otra compañera llamó a todas las Urgencias para que mandaran ambulancias lo más rápido que pudieran. Nada más llegar me fui en la del bebé y la agente con los mayores. Su compañera esperó la llegada del padre.

 En el Hospital fue una vorágine, la agente no quiso moverse del lado del mayor mientras le hacían pruebas para que no se pusiera más nervioso de tanto trasiego, los otros dos pasaron a observación para hacerles análisis que certificaran, o no, mordedura de ratas.

 Aproveché unos momentos de relajo mientras se conocían los resultados para buscar a la madre e informarle. Encontré a la madre llorando, no se enteraba de nada. Me preocupé de informarme con los médicos de la U.V.I. La niña estaba muy grave, casi insostenible, la infección bacteriológica estaba muy avanzada afectando al cerebro y para más desastre las ulceras alrededor de la mordida de rata estaban desarrollando una infección mortal, septicemia, ante la cual los doctores se veían impotentes. Dándole esperanzas, aunque fueran falsas, la pobre mujer aun se alegró de que sus otros hijos estuvieran en el Hospital, nos dirigimos a donde se encontraban.

 La madre se animó al verlos, aunque solo fuera a través del cristal. Manuela llegó con más malas noticias, la infección del mayor estaba muy desarrollada y los médicos tenían muy pocas esperanzas de poder controlarla. La madre rompió a llorar desconsolada, entonces fue cuando aparecieron dos mujeres que se identificaron como asistentes sociales, avisadas por los servicios de Asistencia Social del Hospital. Venían dispuestas a retirar la custodia de los hijos a su madre por las deficientes condiciones sanitarias en que se encontraron a los niños. Yo no me pude contener más, les dije de todo:

 ─No tenéis vergüenza, ni vosotras ni vuestra Consejería. No sois capaces de dar una vivienda digna a la familia, y tenéis la desfachatez de querer quitarles a los hijos por tener una choza en malas condiciones higiénicas.

 Me puse a gritar fuera de mi, cogí los papeles que traían, los lancé lo más lejos que pude, si no es por la agente de policía me hubiera liado a hostias con las dos asistentes, mientras les mentaba a las madres de todos los políticos que me venían a la cabeza. Mientras la agente me detenía a duras penas, Manuela consiguió que unas enfermeras me sedaran con lo primero que tuvieron a mano. En pocos minutos caí dormida y me llevaron a una habitación. La agente me disculpó delante de las asistentes, incluso afeándoles la falta de delicadeza, después de todo lo que habíamos visto y los problemas por los que estaba pasando la madre.

 Al día siguiente me desperté con mi madre al lado de la cama, con cara de juzgarme con crudeza, pero cogiendo mi mano con cariño. La enfermera acababa de irse, diciendo que mi alteración estaba solucionada, las constantes vitales eran correctas. Sobre las doce el médico vendría para darme el alta. En cuanto al estado de los niños y su situación, las enfermeras eran de otro turno y no sabían nada. Mi insistencia en obtener información hizo que me informaran que las habían traspasado al Hospital de Infecciosos Carlos III. Pensé que la semana próxima debería interesarme por el estado de salud de los niños. Ahora debería desconectar.

 ─Hija, lo tuyo es darme sustos─. Me dijo con seriedad de madre.

 ─Mamá, solo ha sido un ataque de cuernos por trabajo y tanto estrés.

 ─Te lo tomas demasiado a pecho todo. Ahora mismo, estando a tres pasos de Madrid te veo menos que cuando andas por esos mundos, en cualquier guerra perdida.

 ─No te creas mami, donde estoy, tan cerca de la civilización, es otra guerra contra la injusticia y la marginalidad. Una guerra en la que parece que no hay contendientes, solo victimas y aprovechados.

 Mi madre quedó pensativa, tenía mucho respeto por mis convicciones y aquello debió hacerle mella.

 Cuando me dieron el alta, el consejo fue descansar lo máximo posible, como mínimo una semana. Para no estar sola me fui a casa de mamá y desde allí llame al centro para comentar mi reingreso el mismo lunes a La Cañada. La directora dijo que por lo menos descansara una semana y luego ya hablaríamos. Mi insistencia le llevó a aceptar que el miércoles nos veríamos en su despacho. El fin de semana pasó entre charlas con mamá, paseos por el rastro, ver la tele juntas, reconozco que era una gozada descansar y apretujarme en el sofá junto a mi madre.

 El miércoles siguiente estuve hablando con la directora. El trabajo en La Cañada era una forma de reconocerme los servicios prestados y tener cierta tranquilidad, pero visto el resultado, convenían que no habían valorado bien las dificultades del puesto. Me quedaría en la organización de operaciones una temporada de descanso. La discusión, batalla campal. No estaba dispuesta a dejar mi puesto, ahora que estaba operativo al cien por cien. Le expliqué las dificultades y que mi concurso para ir formando más gente era indispensable. La directora, nos conocíamos desde que entré, no oía mis razones, y al final solté el farol, o volvía a mi puesto, como plazo de gracia le daba hasta el lunes, con ese descanso sobraba o presentaba la dimisión, ya. Como siempre, se rio y me salí con la mía. Pero le prometí que cuando llegara el momento, yo misma me retiraría de la primera línea, palabra de la doctora Maura Cid, mi solemnidad la convenció. Seguí el descanso y solaz con mi madre, me sentó de maravilla e hicimos cosas que teníamos pendientes desde hace muchos años. Fue una gozada.

 El lunes ya estaba con Manuela preparando material, Casta se preocupó por mi estado, llamaron del SAMUR, de las Parroquias y al final de la mañana pasó María Luisa y su compañera, las agentes de la Policía Nacional que tanto nos ayudaron.

 María Luisa me contó que la niñita había fallecido en el “Carlos III” el domingo por la mañana y el niño mayor estaba grave pero creían que podrían salvarlo aunque tenía afectado el cerebro y algunas secuelas le quedarían. Gracias a mi desparrame, las autoridades de la Consejería habían reconsiderado su primera decisión. El bebé y la otra niña estaban en una casa de acogida, libres de mordeduras de rata aunque algo desnutridos, cosa que estaba en vías de solución. Mientras, estaban buscando un alojamiento para la familia lejos de aquel infierno.

 ─Me alegro. Aunque perder la niña es una putada que no hemos podido evitar ─.Le contesté.

 ─Te la trajeron demasiado tarde, Maura. Pero lo que más me jode, es que eso es una solución particular a un problema social, como sabes.

 ─Estoy de acuerdo María Luisa, pero algo es algo, y esas personas se merecen después de lo que les ha pasado a la mitad de sus hijos, alguna oportunidad.

 Con un gesto de impotencia nos despedimos con un cariñoso abrazo.

 El día pasó sin demasiados sobresaltos. La semana fue muy tranquila, porque todo lo que pasó era lo “normal” de cada día.

 El lunes siguiente, ya se estaba haciendo de noche y llegaron los que debían relevarnos, pero por problemas personales ineludibles ni la enfermera ni la doctora pudieron presentarse. La conductora tenía orden de que cerráramos la caravana, me negué, me quedaría sola, el día había sido tranquilo y era lunes, uno de los más tranquilos de la semana. Manuela quería quedarse, pero estaba conviviendo con un chico no hace mucho y me opuse, tiempo habría para joder la relación, no se lo dije pero lo pensé. Costó “lloros de viuda” que se fuera, pero ella estaba en el periodo de la novedad y se moría por volver a casa, aunque sus ofrecimientos de quedarse eran auténticos. Manuela era una tía legal. Cené ligero, me fumé uno de los pocos cigarrillos que me permitía a la semana, pasaron por la vereda algunos muertos vivientes, ya más muertos que vivientes, que ni miraron hacia la caravana. Casta cerró la tienda por falta de trabajo, charlamos un poco y se fue.

 Subí a la caravana, recogiendo algunos instrumentos, no cerré con llave la puerta y alguien entró, me volví y todo fue muy rápido. La gitana, aquella “macarra” de Paula estaba allí, antes de poder reaccionar, me golpeó con una barra en la cabeza, caí al suelo aun despierta, la calorra tiró la barra, entre nieblas de mis ojos sangrantes la vi sacar su pincho mugriento y se puso a horcajadas sobre mi torso, quería rajarme el cuello, me cogió por el mismo levantando la mano, cuando la tía me iba a degollar alguien le rompió la barra en la cabeza cayendo sin sentido sobre mí, aproveche el momento para desmayarme, alguien me había salvado la vida.

 Cuando desperté, tenía un gotero, la cabeza vendada y a Paula, ¡Paula!, cogiéndome la mano. Quise hablar, no me dejó, las enfermeras entraron y me suministraron más medicinas. Estuve varios días durmiendo, cuando por fin desperté, Paula seguía ahí, se acercó y me dio un beso en los labios.

 ─Paula, ¿fuiste tú la que le atizó a la gitana?

 ─Si Maura, yo fui.

 ─Me has salvado la vida, no te lo podré agradecer nunca. Además estás muy guapa, pareces otra.

 ─Solo he hecho lo que te debía. También me salvaste la vida cuando me libraste de la Rogelia y me sacaste del infierno.

 Me contó que la internaron en “Proyecto Hombre”, en un año estaba limpia, trabajó para la organización. Mientras se iba curando se arregló la dentadura y volvió a ser una guapa muchachita de veintitrés años. Cuando tuvo que dejar el Proyecto, hace unos días, no sabía dónde ir, su familia ni sabía por qué cárcel pararía y los amigos de su juventud seguro que habían muerto la mayoría. La mañana de mi agresión pensó que la única persona conocida era yo, por lo que se decidió a venir y pedirme ayuda. Esperó largo rato a un “cunda” para venir a La Cabaña. Entre los pasajeros y el chofer comentaban que no se les ocurriera ir a la caravana de la doctora Maura esta noche, la Rogelia, la gitana, iba a visitarla con malas ideas. Paula no dijo nada. Al llegar a la Cañada, estaba empezando a anochecer, corrió como posesa para avisarme, después de llevarse por delante a algunos “zombis”, resbalar y ponerse perdida de barro, llegó a la caravana, vio la puerta abierta y ya saben lo que pasó.

 A punto de dejar el Hospital, me dijeron que tenía que pasar un periodo de reposo, tenía grandes dolores de cabeza, la gente que vino a verme de La Cañada se quedó encantada del aspecto de Paula. Esta vez no quise darle otro susto a mamá. Iba a necesitar compañía y le pedí a Paula si quería venirse a vivir conmigo mientras me reponía. Me cogió la mano, con un cálido apretón, se acercó a mis labios y me dio más que un beso. No rechisté. Cuando acabó me dijo, con picardía, ─pero mis intenciones son ayudarte y algo más…me gustas─. No le contesté, la atraje sobre mí y la volvía besar, esta vez yo.

 ─Paula, hace mucho tiempo que no tengo pareja y no sé cómo puede salir esto.

 ─Yo tampoco, en el infierno no hay lugar para amores, pero creo que vale la pena arriesgarse.

 Y de alguna manera, sin esperarlo, la vida me estaba mostrando una puerta, quizás cuando más la iba a necesitar… ¿porqué no abrirla?

 **SEUDÓNIMO AMEL**